

Francisco Paesa

El ex agente secreto del Ministerio del Interior es un aventurero vocacional que inició su carrera en 1969 embaucando al dictador guineano Francisco Macías

JOSÉ MARÍA IRUJO

Febrero de 1969. El aeropuerto de Malabo estaba engalanado para la ocasión. Las principales autoridades aguardaban la llegada de un multimillonario español al que el presidente Macías acababa de nombrar presidente del Banco Nacional de Guinea. Del avión descendió un hombre perfectamente trajeado y con un enorme maletín esposado a su muñeca derecha. Era Francisco Paesa Sánchez, tenía 33 años y aseguraba traer desde Europa un millón de dólares del príncipe italiano Lovatelli y del ciudadano norteamericano Robert Mitchel. Dos desconocidos inversores que apostaban por el nuevo Tesoro público de Guinea.

En la plaza principal de la ciudad, junto al palacio presidencial, Macías había mandado construir un magnífico edificio en el que podía leerse un cartel en inglés que decía: "Primer Banco Nacional". La inauguración no tardó en celebrarse. Paesa ordenó construir una cámara acorazada y la abrió ante una enorme expectación. El millón de dólares que decía haber recaudado parecía estar allí. Pero en realidad sólo la primera fila de billetes eran auténticos. El resto eran ladrillos. Pronto sería descubierto.

En el filo de la navaja

Francisco González Armijo, entonces presidente de Fingunea y uno de los españoles que vivió más cerca el proceso de descolonización de ese país, describe así una de las trampas más sonadas en la azarosa vida de Paco Paesa, como le llaman sus amigos. "Es un farsante, aunque hay que reconocerle sus dotes de embaucador y negociador. Cuando le iban a descubrir, me propuso huir con el dinero. Se marchó y jamás volví a verle".

Antonio García Trevijano, muy activo durante aquella época, relata de otra forma este suceso. Pero coincide con González Armijo en lo fundamental: el dinero del falso multimillonario español nunca

llegó. "Cuando Paesa volvió a Guinea con el dinero, el ministro de Obras Públicas le pidió que abriera la maleta y él le contestó que el Tesoro público no se podía abrir. Finalmente, le obligaron a abrirla y comprobaron que estaba repleta de recortes de revistas del corazón. Macías le dio 24 horas para abandonar el país. Quería evitar el ridículo y un escándalo internacional".

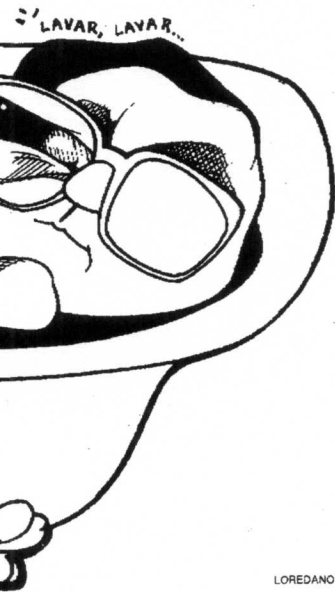
Caminar sobre el filo de una navaja. Sin otra red que su olfato y sus dotes de actor. Y hacerlo en la sombra, huyendo de los focos que tanto le atraen. Esa es la pasión de Francisco Paesa, un hombre que después de su aventura guineana ha demostrado una extraordinaria habilidad para aparecer y desaparecer en las principales historias que durante los Gobiernos socialistas han sucedido en las oscuras alcantarillas del Estado. Un escenario en el que se ha movido como pez en el agua.

Apareció presionando a las novias de Amedo y Domínguez cuando iban a testificar en el juicio de los GAL. Fue descubierto y retratado por el fotógrafo Daniel Gluckman mientras les ofrecía a ambas apartamentos y pensiones vitalicias a cambio de mentir en su declaración; vendió a ETA las pistolas austríacas Sig Sauer, con las que los terroristas asesinaron a la fiscal Carmen Tagle, y los misiles

que condujeron hasta el depósito de armas de Sokoa (Francia). Siempre como agente del Ministerio del Interior durante la etapa socialista.

Casi todos sus compañeros de viaje están procesados en un rosario de juicios interminables. Pero este madrileño, casado con una francesa, separado y padre de un hijo, que actualmente vive en París, ha conseguido siempre librarse de la acción de la justicia. Pese a actuar en primera línea. Y lo ha hecho con aparente parsimonia y tranquilidad, aunque bien protegido por la defensa de los mejores penalistas, en especial por Manuel Cobo del Rosal. Todos los que le conocen coinciden al definirle: le gusta el dinero y es un aventurero nato.

Vestido con su inseparable americana azul marino, sus llamativas corbatas y sus gafas oscuras de gruesa montura, Paesa se abrió paso a finales de los setenta en la hermética sociedad ginebrina. Cliente asiduo de la terraza del Beau Rivage, lujoso hotel levantado a orillas del lago Lemán, frente a la plaza en la que fue asesinada la emperatriz Sissi, consiguió entrar en las finanzas suizas y abrió el Alpha Bank. Una época dorada en la que conoció a Dewi Sukarno, la ex mujer del presidente de Indonesia. Anunció su compromiso matrimonial en un vals multitudinario de la



LOREDANO

ópera de Viena y dio una de las fiestas más sonadas de la época, con fuegos artificiales incluidos, en su espléndido chalé de Gland.

Pero el embaucador de Guinea Ecuatorial quedó otra vez al descubierto. La Sukarno comprobó que no era ningún magnate y rompió su compromiso. Para colmo, la quiebra del Alpha Bank dio con sus huesos en la cárcel. Más de cincuenta millones de francos suizos de deudas cayeron sobre él como una pesada losa. Un buen abogado logró, al final, sacarle de prisión. Desde entonces tiene prohibida la entrada en ese país. Luego nacieron los GAL y se convirtió, de la mano de Julián Sancristóbal, en un personaje imprescindible. En un espía para todo.

Ahora, su imagen camaleónica vuelve a emerger asociada a otro escándalo: el caso Roldán. Otra representación en la que Paesa ha jugado un papel principal. En la fuga, en el blanqueo y ocultación de los 1.605 millones de pesetas que el ex director de la Guardia Civil escondía en Suiza y en la entrega del prófugo.

La justicia española no le ha procesado, pero el magistrado ginebrino Paul Perraudin le sigue los pasos y quiere interrogarle. Está a punto de cumplir 61 años y tiene otra vez a los jueces en los talones. ¿Logrará volver a salir indemne?